Vilarras

AS DOS

DE GEÁD

BT620
V54
c.1

VIUDA É HIJOS DE
J. SUBIRANA
EDITORES
BARCELONA

1080021001

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LAS

DOS INMACULADAS.

Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

LAS DOS INMACULADAS

Ó SEA

TRATADO DE LAS ANALOGÍAS

ENTRE

LA SANTÍSIMA VÍRGEN

Y

LA SILLA APOSTÓLICA

EN SU DESTINO, CONCEPCION, VIRGINIDAD, MATERNIDAD, CONSTANCIA, TRIUNFOS, PODER, REINO, POPULARIDAD É INDEFECTIBILIDAD.

CONFERENCIAS

habidas en los templos antiguo de SAN MIGUEL y parroquial del PINO de Barcelona,

CON MOTIVO DE CELEBRARSE EL NOVENARIO

DE LA CONCEPCION DE MARÍA

EN EL PRIMERO,

Y DE SU TRIUNFANTE ASUNCION

EN EL SEGUNDO.

POR EL

R. D. Eduardo María Vilarrasa, Pbro.,

Cura párroco de Mollet.

Obra que el autor dedica

AL P. PASSAGLIA

como fraternal llamamiento á la casa paterna, que con sentimiento universal de la familia pura abandonó.

Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA RELIGIOSA RIERA,

cal

1865.

LIBRERÍA RELIGIOSA
Aviñó, 20.
BARCELONA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Biblioteca Universitaria

45359

BT620
V54

ES PROPIEDAD.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CENSURA.

Por comision del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, presbítero, Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario general Gobernador de la Diócesis de Barcelona por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. D. Pantaleon Monserrat y Navarro, Obispo de la misma, he leido la obra que lleva por título: *Las dos Inmaculadas*, ó sea, *Tratado de las analogías entre la santísima Vírgen y la Silla apostólica en su destino, concepcion, virginidad, maternidad, constancia, triunfos, poder, reino, popularidad é indefectibilidad*, escrita por el R. D. Eduardo María Vilarrasa, presbítero, Cura párroco de Mollet.

Conocidas son ya del público la lengua y pluma del autor de estas Conferencias. Solo diré, pues, que son dignas de ser leidas por la ingeniosidad con que ha sabido encontrar sublimes analogías entre la santísima Vírgen y la Silla apostólica. El objeto que en ellas se propuso dicho escritor y orador es altamente recomendable. Dedicólas al famoso, *mala utique fama*, P. Passaglia, con el fin de persuadirle á que desande el funesto camino que en mal hora emprendió y vuelva á la CASA PATERNA que no debió jamás abandonar. ¡Ojalá logre la Iglesia tamaño triunfo, que neutralizaria sin duda los escandalosos extravíos de aquel hijo pródigo!

Barcelona 10 de agosto de 1865.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas calzados, exclaustrado.*

APROBACION.

Barcelona veinte de agosto de mil ochocientos sesenta y cinco. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la obra de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario General Gobernador.*

008760

CARTA DEDICATORIA.

AL R. P. PASSAGLIA.

Roma 21 de junio, XVII aniversario de la Coronacion de PIO IX.

Desde la otra parte de los Alpes y aun de los Pirineos he venido á las orillas del Tíber para gozar algunos dias de paz, é inspirarme en el ambiente sagrado de la ciudad eterna, en la que firmo la presente. Los títulos que alego para que la recibais son: 1.° el de hermano vuestro en el sacerdocio; 2.° el de entusiasta admirador del monumento, á cuya elevacion un dia dedicásteis vuestras no escasas fuerzas, en cuya corona la posteridad verá brillar, como la generacion actual, los destellos de vuestro talento; 3.° el de hijo adicto y devoto discípulo de aquel á quien vos con sincera efusion llamásteis cien veces padre y maestro: y si estos títulos, que radican en el período de vuestros recuerdos, no son valederos para vos, porque no os son simpáticos, alegaré otro: Vos os llamais amigo de armonizar la libertad con el Catolicismo, y yo, no solo me llamo tal, sino que presumo serlo de tan santa é indispensable armonía. Admirador de vuestro pasado, amigo sincero de una parte, *solo de una parte*, del tema con que inaugurásteis vuestro presente, hermano vuestro por el ministerio, no os juzgo capaz de desatender mi voz, aunque no proceda de una reputacion europea como la vuestra, sabiendo yo que los grandes hombres no juzgan por la medida de las personas, ni por la gloria de los nombres, y que solo atienden á la elevacion de las ideas y á la anchura de los sentimientos; como estos y aquellos yo los recibí del espíritu católico, ni la elevacion falta á mis ideas ni á mis sentimientos la anchura correspondiente á un sacerdote que abrigue un corazon tan vasto y una inteligencia tan privilegiada como Dios os la concedió á vos.

Partiendo de la fundada suposicion de que las anteriores líneas os han dado ya una idea de mi sinceridad y franqueza, me permitiréis os exponga sin ambages el motivo de esta carta.

En los dias en que vos dísteis á luz la carta *ad episcopos* se me encargó la predicacion de un novenario en honor de la pureza origi-

nal de la Vírgen santísima. La declaracion dogmática de aquella pureza, en cuyos preparativos el público os atribuye el honor de haber cooperado, se me presentó como uno de los mas notables frutos de la Silla pontificia, y una de las glorias mas esplendentes del Pontificado, y una de las piedras mas preciosas de la diadema que ciñe Pio IX, pontífice cuya grandeza de alma es imposible no os admire á vos que de cerca la habeis contemplado. Esta declaracion pura me reveló la pureza del árbol que la producia; y entre el árbol y el fruto, y el objeto del fruto encontré naturalmente analogías íntimas y semejanzas profundas. La tristeza y turbacion que vuestra carta *ad episcopos* derramó en los espíritus fieles á la cátedra de la verdad, me decidió á desarrollar para tranquilizarles y consolarles un glorioso paralelo entre María y el Pontificado. Os lo confieso, yo me propuse borrar en los corazones de mis conciudadanos la huella impresa por aquel vuestro espíritu: ataqué vuestros conceptos de hoy para que triunfasen vuestros conceptos de ayer; combatí la causa que defendeis para defender la causa que defendíais; y para ello vos mismo, P. Passaglia de ayer, me servísteis de modelo.

Ví pura, santa, hermosa, siempre sin mancha á la Vírgen, por cuyas gracias os mostrásteis atraido; y á la Vírgen pura, segun vos, le pregunté: ¿Quién hay que en pureza se te asemeje? y en la sagrada Escritura, cuyos profundos senos vos habeis penetrado mas que yo, encontré la respuesta. La cátedra de la sabiduría, que es el Pontificado, es la mas semejante en santidad y pureza á la Madre de la sabiduría, que es la Vírgen santísima é inmaculada.

Mi apología de María y del Pontificado es, pues, hija de vuestro ataque á las grandezas y glorias pontificias. Vos fuísteis por antítesis mi inspirador; yo seria ingrato si asociara otro nombre que el vuestro á un trabajo cuya alta inspiracion os pertenece. Yo os lo dedico: ¿lo aceptaréis vos? creo que sí, á menos que, al separaros de la casa paterna, os hubiérais descuidado en ella la nobleza y generosidad de sentimientos, lo que no tengo derecho á presumir.

El lema de mi trabajo es: LAS DOS INMACULADAS, ó sea *Tratado de las analogías entre la santísima Vírgen y la Silla apostólica en su destino, concepcion, virginidad, maternidad, constancia, triunfos, poder, reino, popularidad é indefectibilidad.*

Por lo demás, querido hermano, no puedo finalizar esta carta sin expresaros antes la honda pena que siento al pensar que habeis privado á la causa de la civilizacion, basada en la justicia y en la libertad, de vuestro talento é influencia.

Nos habeis abandonado.

¿Por qué?

Hé ahí un misterio para todos: nadie sabe atinar la causa de vuestra defeccion.

¿Para qué?

Esto es ya algo mas claro: os habeis marchado de Roma, para refugiaros en Turin.

Estábais en la cumbre del monte, os encontrais en un rincon del valle; estábais en la ciudad de los recuerdos inmortales y de las inmortales grandezas, os encontrais en una ciudad en la que, si hay recuerdos, el mundo no se apercibe de ellos, y si hay grandezas, son grandezas arruinadas como la de vuestra fidelidad, de vuestra paz y de vuestra gloria: estábais en Roma, érais allí uno de los mas lucientes cabellos de la cabeza del mundo cristiano; estais en Turin, servís de calzado para cubrir las deformidades del pié sobre el que camina un reino que aun se ignora qué miembro es en el cuerpo social: estábais en Roma, érais uno de los mas claros velones de la catedral de todos los siglos y de todos los pueblos; estais en Turin, donde todo lo mas podeis ser lámpara funeraria del sepulcro de la civilizacion y de la libertad. Habeis descendido. Érais hijo mimado de un padre amabilísimo, que os queria con efusion y que aun os perdonaria con incomparable gozo: ¿de quién sois hijo hoy, querido P. Passaglia? del rey de Italia. Servís al rey de Italia; pero, ¿habeis examinado bien lo que significa este título, rey de Italia, cuando no es el Papa el que lo lleva? Es el título de una tiranía. La Italia súbdita de un rey que no sea el rey del mundo no puede ser sino una Italia degradada: degradais, pues, á la Italia trabajando para hacerla tributaria de un rey nacional. Además, haciéndoos súbdito de un rey profano, dejais de ser apóstol de la libertad divina; érais apóstol de la fraternidad católica, sois funcionario de un poder problemático. Aquello érais, esto sois: ¿qué seréis?

No puedo resignarme á creer que esteis contento siendo lo que sois, pues sois menos de lo que érais: ¿qué intentais, pues, ser?

Perdonad tome en cuenta una idea que tal vez no os ha ocupado, aunque amigos y adversarios os la hayan atribuido; se os ha atribuido el proyecto de ser jefe de una Iglesia italiana. Pero vuestro talento es un embarazo á semejante pretension.

Todas las iglesias han muerto ya, menos la Iglesia inmortal; ¿creeis que de las cenizas de las iglesias sepultadas puede nacer una Iglesia imperecedera? ¿quién seria el espíritu fecundizador de vuestra Iglesia? Solo podia ser la revolucion. Mas ¡ah! la revolucion tenia necesidades en el siglo XVI de que hoy carece; una mision religiosa le hacia falta entonces; hoy el escepticismo ha inutilizado la hipocresía, y las muchedumbres tienen bastante libertad para decir de una manera absoluta: no creemos. Pero la época de los nombres propios pasó, y perdonad mi excesiva franqueza, el espíritu público, que acaba de extinguir la secta de un ex-agustino, nada dispuesto se manifiesta á secundar la secta de un ex-jesuita.

Y aunque fuera posible un protestantismo italiano, ¿qué gloria proporcionaria á su fundador? La originalidad faltaria á su papel, deberia contentarse con ser el satélite de Lutero, con la seguridad de que su órbita no seria tan vasta y sí menos duradera. Hombre de criterio, habeis estudiado el mundo y conoceis la atmósfera que respira.

Si no es ni puede ser un proyecto extraordinario el que os ha arrancado de la casa paterna, ¿qué haceis en el extranjero? En el extranjero, digo, porque la revolucion os tratará siempre como á tal: llevais en vuestra frente el sello de un sacerdocio que la revolucion ha calificado de cáncer; perteneceis á otra raza; ¿qué le importa á la raza revolucionaria que una abjuracion de principios haya cambiado vuestra conducta? Ella os preguntará siempre: ¿de dónde venís? y ella dará siempre mas fe á esta palabra que á vos os dirigió la Iglesia: *Tu es sacerdos in æternum*, que á esta que vos dirigís á la revolucion: *Ego sum frater tuus. Le Siècle* lo ha dicho: *Il vient toujours un moment où soit à l'Académie, soit à la chambre, soit au sénat, l'évêque et le moine viennent dire: «J'ai parmi vous un titre que je porte seul, je suis prêtre, je ne puis pas plus quitter ma mission que mon titre, et vous m'avez nommé tout entier*[1].» Estais en el extranjero, os es imposible abrir vuestro corazon ante los que os rodean; los conoceis, y por consiguiente sabeis que su carácter es la doblez. ¿No volveréis á la patria, P. Passaglia?

Volved, que todavía no os han sido cerradas las puertas: en ella teneis una grande mision, mision religiosa, política, social. Si os levantais, el mundo volverá á admirar vuestra grandeza tiempo há desaparecida, y apareceréis tanto mas alto cuanto mas bajo hoy se os ve. Vuestra voz será poderosa para confirmar, con palabras dictadas por la experiencia, la columna de la verdad, que aun sin vos permanecerá, y para hacer vacilar el edificio de la mentira, que hasta con vos caerá. Levantaos, pues, caro hermano: en Turin no teneis mision. Estais rodeado de niños en la ciencia del espíritu, de niños por los caprichos de la vida. El cielo os ha dicho: Sed hombre. Sois hombre, venid con los hombres: los hombres están en Roma, veníos á Roma, y volved á defender en ella la doctrina católica cuyas defensas os inmortalizaron: realizad allí vuestra mision política, que es cristianizar la libertad de los pueblos, haciéndoles reconocer su procedencia, que es el Calvario, y su camino, que es el Evangelio, y su fin, que es la perfecta fraternidad de los pueblos y de los hombres: la cristianizacion de la libertad para armonizarla con el Catolicismo exige los esfuerzos de todos, y vos le servís de embarazo,

[1] *Le Siècle* del dia 20 de abril de 1862 hablando de la eleccion del P. Lacordaire, católico liberal, á la Academia.

ofreciendo vuestra persona á una causa que no es católica, porque es enemiga del Papa y de los obispos: que no es liberal, porque nace de la ambicion y se funda en la fuerza y el exterminio. Venid á realizar en ella vuestra mision social.

Los vínculos de la familia, los fundamentos de la propiedad, el órden en las jerarquías, los diferentes problemas económico-sociales exigen el desinteresado é imparcial estudio y apoyo de los hombres de alguna valía. ¡Qué campo tan fecundo para sembrar! Dios os ha dado buena semilla, ¿por qué sembrais en aquel la zizaña?

Santificar la libertad ¿no es una causa digna de vos? ¿Por qué os empleais, pues, en prostituirla? No deis á los sistemáticos amigos de determinadas formas el gusto de poder oponer el ejemplo de una apostasía lamentable á nuestras consideraciones, hijas del espíritu de caridad. Si sois enemigo de la libertad atea, ¿por qué no os manifestais amigo de la libertad cristiana? Y si amais la libertad cristiana, ¿por qué no la tomais por la mano y no la acompañais á arrodillarse, junto con vos, á los piés del Papa, maestro del Cristianismo? La monarquía vivió porque se arrodilló allí, cuando se levantó de allí cayó: ¿quereis que viva la libertad? Haced que la libertad se arrodille. Sin la bendicion del Papa todo muere; hasta vuestra reputacion tan robusta ha muerto cuando os ha faltado aquella bendicion.

Reconciliar, no el Catolicismo con la libertad, sí la libertad con el Catolicismo, es la gran mision que ha recibido de la Providencia la juventud, y de la que vos pudiérais ser uno de los mas importantes misioneros. Venid, pues, al Capitolio, no en calidad de gran limosnero de un rey invasor, sino en concepto de categorizado paje de la libertad, reina del mundo, y de negociador activo de sus desposorios con el Pontificado, rey de la Iglesia.

Yo no deseo humillaros, deseo que brillen en todo su esplendor las cualidades con que Dios os ha distinguido; pero una gran figura no se ve bien en un lugar reducido. Los espíritus educados por la Iglesia necesitan por teatro toda la tierra y por atmósfera todo el espacio: solo en el Catolicismo tienen bastante campo.

Volved, pues, á emprender la tarea que os fue confiada; dejad que los niños se ocupen en constituir el reino de Italia, el sacerdote tiene por mision propagar mas y mas sobre la tierra un reino mucho mas extenso é importante, el reino de Jesucristo.

Concluyo suplicándoos recibais estas líneas como fruto espontáneo de mis sentimientos católicos y fraternales: en mi lenguaje habréis reconocido la entereza de mis convicciones y la sinceridad de la honradez: si no aceptais mis principios, aceptad á lo menos mi corazon, y encontraréis en él un deseo vivo de que el Señor rasgue el velo que está tendido ante vuestros ojos; el deseo de que el

Señor os derribe del caballo brioso de la obcecacion, no para sepultaros, sino para que recibais otra vez la vida y la gloria del apostolado católico.

Vuestro afectísimo capellan,

EDUARDO MARÍA VILARRASA.

LAS DOS INMACULADAS.

NUEVE CONFERENCIAS

PREDICADAS

EN EL ANTIGUO TEMPLO DE SAN MIGUEL.

CONFERENCIA PRIMERA.

Analogías del destino y concepcion de María y del Pontificado.

Introduccion.—Espectáculo que ofrecen el cielo y la tierra el dia de la Concepcion.—Lucha de las dos escuelas en que se divide el siglo.—La declaracion dogmática de la Concepcion sin mancilla fue una declaracion de guerra á la impureza.—Oportunidad de tratar la semejanza de la cátedra definidora con la pureza definida.

I. Necesidad que el hombre tiene de adquirir la sabiduría.—Esta es el complemento del hombre.—¿Por qué el hombre no podia encontrar la sabiduría en el árbol?—Relaciones del materialismo y del panteismo con la sabiduría.—Relaciones de la sabiduría con la justicia y la vida.—Relaciones de la injusticia con la muerte.

II. El destino de María fue completar al hombre dando la sangre para la hipostática union con la naturaleza humana de la naturaleza divina, que es la naturaleza de la sabiduría.

III. ¿Por qué María debió ser pura?—Relaciones de la sabiduría con la pureza.—La bula *Ineffabilis* y la sagrada Escritura sobre este particular.—Conceptos bíblicos aplicables á la pureza perpétua de María.—La defensa de la justicia de su Concepcion es una glorificacion de la ciencia.

IV. Acusaciones de la revolucion al Pontificado.—¿Cómo debe defenderse la Santa Silla?—Vindicacion de los defensores del Pontificado bajo el punto de vista social.—Qué significa bajo del punto de vista moral ser oposicion de Pio IX.—Relaciones de la definicion de Pio IX con el espíritu del concilio de Trento.—Conclusion.

Hermanos: Muy satisfactorio me es poder adherirme públicamente á la alegría á que en estos momentos se entrega la cristiandad. Sí, la alegría de los pueblos raya hoy al entusiasmo: parece que la so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez